AÑO XLI

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11953

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 14 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Lo de Marruecos

Ha terminado el plazo concedido al Sultán de Marruecos para entregar á los cautivos españoles, sin que se haya conseguido lo que se deseaba: terminar este asunto sin grandes rozamientos, dado que por el tiempo trascurrido y por las dificultades opuestas era imposible que no tuviera algunos.

Y nos encontramos peor que al principio, pues se ha probado que en la diplomacia marroquí jamás domina la buena fé.

Con entera tranquilidad han visto los gobernantes marroquíes que el plazo se acortaba. Iba á espirar y aún se amparaban de las evasivas á fin de dar largas á la cuestión, para lo cual solicitaban ampliación del plazo concedido. Pero de pronto se han percatado de que el asunto adquiere carácter general y al ver á las potencias agrupadas detrás de España, para apoyar moralmente sus reclamaciones, han saltado en la silla y han recobrado toda su actividad.

La presunción de que se les pueda bombardear los poblados y de que se les obligue á pagar por la fuerza una crecida indemnización, los ha hecho diligentes, tanto como antes se manifestaban de perezosos; y así como antes se disculpaban con la especie de que el Sultán no era obedecido por las kabilas que habían cometido el desafuero y lo encontraban lleno todo de dificultades, ahora lo encuentran fácil hasta el punto de prometer que todo quedará arreglado, merced á un cuerpo de tropas que ha salido á castigar las kabilas y á redimir á los cautivos.

Si éstos están aún vivos, cosa que ofrece grandes dudas, puede que todo salga á pedir de boca; pero ¿y si no lo están?

Surjirá necesariamente el conflicto, que si se planteara solo entre España y Marruecos no nos preocuparía; pero en la contienda entraran muchos factores de carácter pasivo, cada uno de los cuales hace labor distinta relacionada con sus intereses.

Cuando dos pueblos dirimen sus diferencias por medio de las armas y la lucha comienza, todo el mundo se entera de donde sale el primer tiro, pero nadie sabe quién disparará el último. Eso que es elemental en toda guerra, constituye en los momentos presentes problema pavoroso, á cuya solución se aprestan indudablemente todas y cada una de las nacionalidades que apoyan á España en sus reclamaciones.

Es indudable que en ese asunto de Marruecos, en el cual están interesadas todas, se desea decir la última palabra; pero ninguna quiere tener sobre sí la responsabilidad de decirla.

El conflicto en que se encuentra España les viene de perlas. De ese conflicto pueden derivarse incidentes y cualquiera de éstos puede dar lugar á que el fuego se corra en dirección que satisfaga la ambición de todas ó de las que se consideran más fuertes; pudiendo promoverse un conflicto más grande, en el cual quién sabe si seremos envueltos, pero seguramente no saldremos ganando.

La pérdida de nuestro imperio colonial tan injusta; el abandono que de nosotros se hizo, tan injusto también y los egoismos que surgieron á nuestro alrededor, nos han hecho pesimistas, y lejos de alegrarnos al ver á nuestro lado á las naciones, nos apena como si en vez de ayuda esperásemos que nos den una zarpada.

Se trata por todos de afirmar en Marruecos el derecho de gentes hollado de una manera vil por unos musulmanes desalmados; pero ¿nada más?

¿No palpita en el fondo del asunto otro sentimiento que el puramente humanitario y de justicia?

Sí, palpita la ambición. Y como todas las naciones la sienten y nosotros somos los que fatalmente vamos á interrumpir la paz aparente que reina en el campo marroquí,—que será ahora ó luégo campo de encarnizada lucha para las nacionalidades que nos apoyan en esta cuestión,—de ahí nuestra desconfianza y pesimismo al pensar si al disparar el primer cañonazo haremos blanco en el polvorín internacional.

Y como no faltaría quien nos declarase culpables de lo que ocurriera, de ahí nuestro temor.

UN BUEN CAMARADA

Hasta ahora había sido un rasgo característico de Napoleón I el que le tutearan varias personas cuando ya ceñía sus sienes con la corona de hierro.

Pero ahora le ha salido un imitador: Guillermo II.

Véase la siguiente anécdota que cuenta una revista.

En uno de los viajes muy frecuentes que el emperador hace por el Norte, trabó amistad con un viejo octogenario llamado Cristián Hjertoy, en Molde (Noruega).

Guillermo simpatizó tanto con su rústico amigo, que todos los años, en su viaje, le hacía una visita.

El campesino llamaba al emperador de tú, y á Guillermo, pareciéndole el tratamiento muy original, no se cuidó de hacer rectificar al buen hombre.

—Buenos días, Cristián, dice Guillermo.

—Buenos días, Guillermo, contesta Cristián.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

Y el viejo baja á la cueva, corta un buen trozo de pan de cebada y alguna vianda, y se la ofrece cordialmente á su amigo, que la come con la punta de la navaja.

Así, uno en frente de otro, junto al hogar, charlan un rato y se despiden hasta otro año.

Cristián, el viejo, contempla con cariñosa envidia al arrogante mozo, y llora pensando cada año que es el último que baja á su cueva por el pan de cebada para Guillermo.

Guillermo, al acercarse á la choza, cree todos los años encontrarla abandonada.

CURIOSIDADES

Lo que embarca un trasatlántico.

Es verdaderamente enorme la cantidad de provisiones que embarca el «Deutschand», de la Compañía Hamburgo Americana, en cada uno de sus viajes á través del Atlántico, así como el gasto que supone para la compañía armadora poner en movimiento tan colosal buque.

Refiriéndose ante todo al combustibles que embarca el «Deutschand», recordaremos que sus 117 hornos consumen diariamente 572 toneladas; de suerte que, in virtiendo el buque de seis á ocho días en cubrir la distancia entre Nueva York y Hamburgo, según el estado del tiempo, necesita almacenar en sus carboneras 5.000 toneladas de hulla, con objeto de atender con el exceso á las contigencias que pudieran ocurrir.

Veamos ahora el capítulo relativo á víveres:

El «Deutschland», conduce teóricamente á bordo, en cada viaje, 1617 personas: 467 pasajeros de primera clase, 300 de segunda, 300 de tercera y 350 tripulantes, comprendiendo entre éstos su oficialidad, marinería, el personal de máquina y el auxiliar.

Ese millar y medio de individuos representa, como es notorio, la cifra de habitantes de algunas localidades españolas que ostentan pomposamente el nombre de «ciudades.»

Para alimentar toda esa gente seis días necesitan las siguientes vituallas:

Una cantidad de conservas equivalente á 14 novillos, 19 terneras; 21 carneros; 26 corderos y 8 cerdos, 1.500 gallinas, pollos, patos, conejos liebres, representando un peso total de tres toneladas; 1.700 libras de pescado, 1.700 docenas de huevos, 400 libras de embutidos, galletas etc.; 14 barriles de ostras y almejas; 1.300 libras de manteca; 2.300 litros de leche; 19.000 kilogramos de patatas, 12.000 de verduras; cuatro toneladas de frutas; 17.550 libras de harina de trigo, 350 libras de l avadura, seiscientas libras de harina de avena y maiz.

El capítulo de bebidas está representado por 400 toneladas de agua dulce, 12.000 litros de vino y licores, 15.000 de cerveza y cuatro toneladas de hielo.

Claro es que no desaparece en cada viaje tan respetable cantidad de comestibles y «bebestibles», variando naturalmente el consumo según las condiciones en que aquél se verifica:

Por ejemplo, con mares gruesas, cuando la travesía es una serie no interrumpida de temporales, todo el mundo sabe que los comedores están poco concurridos, disminuyendo por consecuencia, el gasto de despensa y cocina.

Ahora bien; las travesías accidentadas son las menos, por lo que las cifras que reproducimos anteriormente, pueden ser consideradas como el consumo normal á bordo del «Deutschland.»

El socialismo en Dinamarca

Dinamarca por su proximidad al gran foco del socialismo, Alemania, es uno de los países donde antes han aparecido y con más rapidez se han difundido esas ideas. Ya en el año 1857, los partidos radicales introducían el programa social de Schulze. Delitsch.

Pío, Geleff y Prix, fundaron el año 1871 la primera sección de la «Internacional», al mismo tiempo que aparecía un periódico sostenedor del credo socialista. De entonces acá, los progresos realizados por los socialistas daneses son notables.

El año de 1883, el diario «Sozialdemokraton», órgano del partido, alcanzaba la tirada de 13.000 ejemplares, y á los dos años llegaba á tirar hasta 20.000. Hoy cuenta el partido quince periódicos diarios uno semanal, uno humorístico, una revista sindical y numerosos periódicos de los Sindicatos, siendo 85.000 los suscriptores á la Prensa socialista.

A últimos del año 1900, tenían 556 representaciones en los Consejos comunales 53 consejeros municipales y 74 miembros de la comisión de impuestos. En la Cámara legislativa tienen 14 representantes.

En las últimas elecciones municipales ganaron 187 puestos, y en las generales dos.

Ultimamente se ha celebrado el noveno

de ociosidad de estos dos últimos siglos, parece que solamente los conservan á condición de permanecer extraños á las costumbres y á las ideas actuales. En la época de que hablamos, este género de existencia, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso ó político, era el más adecuado para su estudio; bastaba mirar á hurtadillas de cuando en cuando silenciosamente y sin moverse de su asiento, y después podía uno consagrar el resto de tiempo á sus amigos ó á sus aficiones. La conversación, por otra parte, no había llegado á ser todavía, como lo fué en el siglo XVIII, en los salones abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una pretención; no se trataba allí necesariamente de obtener una especie de «Visto bueno»; el adorno geométrico, filosófico y sentimental no era allí de rigor todavía; allí hablaba cada cual de sí mismo, ó del prójimo, de muchos, ó de poco, ó de nada. Se hablaba, como decía madame de Sevigné, de «infinitas» cosas. «Después de comer—escribe á su hija en alguna parte—fuimos á charlar á los bosques más agradables del mundo; allí nos encretuvimos hasta las seis en mil distintas conversaciones tan buenas, tan tiernas, tan amables, tan cariñosas para ti y para mí, que me conmovieron.

En medio de este movimiento social, tan fácil y tan pueril, tan caprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta que llegaba, un silencio in-

so; todavía recuerdan algunas sonriéndose que lo han sido; pero ya ninguna lo es. Ya no se diserta, como en otro tiempo, remontándose á regiones inaccesibles, acerca del soneto de Job ó de Urania; pero se «charla»; se charla sobre noticias de la corte, ó recuerdos del sitio de París, ó de la guerra de Cayena; el cardenal de Retz narra sus viajes; el señor de La Rochefoucauld moraliza; la señora de La Fayette lanza reflexiones del corazón, y la señora de Sevigné interrumpe á todos para recordar una palabra de su hija ó una travesura de su hijo, alguna distracción del buen d'Hacqueville ó del señor de Brancas. Cuesta mucho trabajo á los hombres de épocas posteriores, con nuestros hábitos de ocupaciones útiles, imaginar y concebir con exactitud esta existencia de entretenimiento y de gárrula palabrería.

En nuestros tiempos, el mundo camina con tal rapidez, son tantas las cosas que, atropellándose unas á otras, se nos presentan en escena, que apenas si nos basta con todos nuestros minutos para mirarlas ó comprenderlas. Para nosotros, los días se pasan estudiando; las noches discutiendo seriamente; de conversaciones puramente amistosas, de pasatiempos, de distracciones baldías, hay ahora muy poco, ó no hay absolutamente nada. La sociedad noble de nuestro tiempo, restos apenas apreciables de aquellos períodos, que aún conservan gran parte de los hábitos

por Pascua Florida, abandonó el altar para servir de padrino al célebre conde de Bonneville. Educada María por su tío el bondadoso abate Conlanges, había recibido desde muy niña una instrucción sólida y aprendido bajo la dirección de Chapelain y de Menage, latín, italiano, español. Diez y ocho años tenía cuando contrajo matrimonio con el marqués de Sevigné, muy poco digno de ella, y que después de haber abandonado á su esposa, murió en desafío en 1651.

Mad. de Sevigné, libre á los veinticinco años, madre de un hijo y de una hija, no pensó en contraer segundas nupcias. Adoraba en sus hijos, y muy especialmente en su hija; no conoció nunca otras pasiones. Era Mad. de Sevigné una rubia risueña, nada sensual, muy alegre y algo burlonella; los chistes de su ingenio resplandecían en sus pupilas cambiantes, y como ella misma dice, en sus «pestañas chigarradas.» María se convirtió en «Preciosa», pasó por el mundo amada, solicitada, requerida, sembrando en derredor suyo pasiones desgraciadas á las cuales no prestaba gran atención, y conservando constantemente para amigos á los mismos que no aceptaba como antes. Su primo Bussy, su maestro Menage, el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, el superintendente Fouquet, suspiraron inútilmente en torno de Mad. de Sevigné; pero ella permaneció invariablemente fiel á la amistad de este último en la desgracia, y cuando